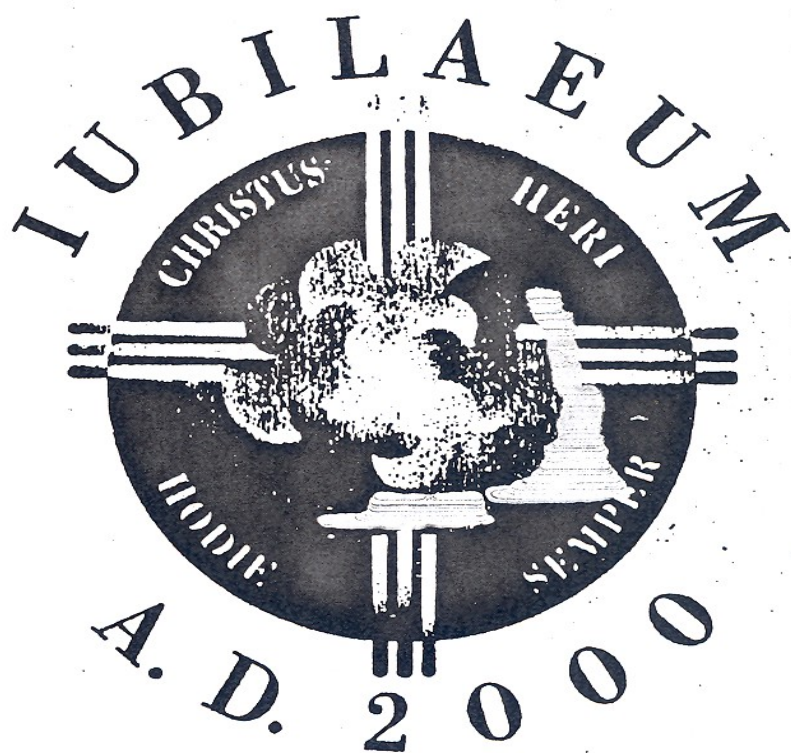


ANEXO V

Es oportuno, en el contexto del **Tema 5º** que se nos avisa seriamente de dos peligros siempre presentes en nuestra experiencia eclesial: la denuncia descomprometida o la idealización, leer este documento del obispo de Orihuela-Alicante, que el año 2000, cuando Juan Pablo II pidió perdón en nombre de la Iglesia, quiso unirse a la iniciativa papal como Diócesis. Su lectura nos hará sentirnos formar parte de una Iglesia no idealizada que necesita pedir perdón, como tenemos que hacerlo todos los que formamos parte de ella. Sólo desde esta confesión compartida podremos abrirnos a ese 'sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener'.

Diócesis de Orihuela-Alicante



Texto para la petición de perdón

Miércoles de Ceniza

8 de marzo de 2000

INTRODUCCIÓN

En este sencillo cuaderno os ofrecemos el texto de la petición de perdón que nuestro Obispo pronunciará en la Catedral el Miércoles de Ceniza. Seguimos la indicación del Santo Padre y nos unimos a su petición de perdón en el Año Jubilar. Como él, también los cristianos que estamos en Orihuela-Alicante, nos disponemos a pedir perdón por nuestras faltas. El inicio de la Cuaresma es, así un momento peculiar en el que, con el corazón contrito, nos situaremos ante el Padre amoroso pidiéndole que nos abrace y nos deje retornar a su hogar. El acto, por nuestra parte, quiere llenarse de verdad, de esperanza y de humildad.

Os facilitamos este texto con dos intenciones. La primera es ofrecer la oportunidad de que lo meditéis y os unáis interiormente a esta petición de perdón. También sería bueno tratarlo con algunos grupos especialmente preparados de vuestras comunidades, comentando su sentido. El elenco de faltas que aparece es, desde luego, incompleto y el comentario sincero con los demás puede hacernos ver otras razones por las que hemos de pedir perdón.

La segunda intención es que, si lo consideráis oportuno, lo uséis en vuestras parroquias el Miércoles de Ceniza. Con este fin, hemos indicado entre paréntesis unos cambios mínimos que habría que hacer. El momento oportuno para realizar esta petición de perdón es antes de la imposición de la ceniza. En este caso, debería seguir a la homilía o, simplemente, sustituirla, dado que es un texto extenso y suficientemente expresivo.

Entendéis que es un texto de pedir perdón. Esta actitud se vuelve más intensa, cuando reconocemos las gracias y carismas con el Espíritu ha enriquecido a nuestra Iglesia Diocesana. Y nos nace el pedir perdón, después de recordar los testimonios extraordinarios de hermanos nuestros. Somos herederos de santos.

La petición de perdón está estructurada en tres partes, a las que se añade una introducción y conclusión. El texto en negrita debe realizarlo el sacerdote, mientras que las peticiones pueden ser proclamadas por un lector (incluso podrían ser tres lectores: un sacerdote o diácono, un religioso y un laico, para hacer patente que es toda la comunidad quien pide perdón). Todo el texto está dirigido a Dios Padre. En la primera parte se pide perdón especialmente por las faltas contra el mismo Dios; en la segunda, por mediación del Hijo, se pide perdón por los pecados contra los hermanos; en la tercera parte, invocando al Espíritu Santo, se pide perdón por nuestros errores históricos y las faltas contra la sociedad.

Confío en que sepáis hacer un buen uso de estos textos. Como veis, es un escrito extenso; se debe preparar y, en algún caso, seleccionar y acomodar. Pido a Dios que sea Él quien nos mueva interiormente para que nuestra petición de perdón sea sincera.

Francisco Conesa Ferrer Provicario
General del Obispado

TEXTO PARA LA PETICIÓN DE PERDÓN

Señor del tiempo y de la historia, autor de la vida y de la gracia, origen y fuente de la verdad y la salvación, como Pastor de esta Iglesia de Orihuela-Alicante e Indigno sucesor de los Apóstoles, [como pastor de esta comunidad parroquial de (se puede insertar el nombre del pueblo o de la comunidad parroquial) e Indigno colaborador del Obispo], vengo ante TI y a TI elevo esta plegaria, que es humilde y sincera confesión en nombre de esta Iglesia que presido y a la que sirvo con la pobreza de mi vida. Sabedor de que nada ni nadie podrá arrancarnos de tu amor manifestado en Cristo, con el alma desnuda confieso que nosotros tus amigos y discípulos no siempre hemos sabido, no hemos podido y muchas veces no hemos querido hacer del

Evangelio la nueva y buena noticia, que en esta tierra, tantos hombres esperaban. Confieso que nuestras vidas y palabras dejaron vacíos y sin esperanza a muchos que buscaron en nosotros luz para caminar, aliento en las tribulaciones y consuelo y cobijo en nuestras Iglesias. En mi nombre y en nombre de todas las comunidades cristianas de esta Diócesis [esta comunidad cristiana] levanto las manos y el corazón en esta súplica de petición de perdón.

I

Nosotros y todas las generaciones cristianas de nuestra Iglesia que nos han precedido hemos experimentado, Padre, de mil modos y maneras, tu amor apasionado, tu debilidad por nosotros. ¡Cuántas veces, también nos has esperado pacientemente a la puerta cuando nos hemos acogido a Ti! Como sólo una madre es capaz de hacer, nos has rodeado de ternura, de atenciones y cariño, y nos has ido educando y corrigiendo.

Ante Ti, Padre Dios, y con vosotros mis hermanos, confieso que en muchas ocasiones, muchos hijos de esta Iglesia que está en (nombre del pueblo.....), no correspondimos recíprocamente a tu amor.

(Un lector puede leer las siguientes peticiones. La Asamblea responde: “Muéstranos, Padre, tu misericordia”).

- No siempre te hemos amado con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas; demasiadas veces otros dioses y otros ídolos fueron el destino de nuestros amores.
- Nos pesa haberte honrado con inciensos y polifonías y con invocaciones superlativas cuando nuestro corazón estaba lejos de ti. ¡En cuántas ocasiones el culto sin compromiso evangélico ha sido pan rancio que hemos querido dar para saciar el hambre de los que anhelaban un motivo para vivir y una razón para morir.
- Convirtiendo los sacramentos en actos sociales, en ocasiones, desvirtuamos su fuerza regeneradora de gracia y confundimos a las personas de corazón grande que buscan algo más que la estética de las solemnidades.
- A veces, hemos llamado “voluntad de Dios” a intereses y conveniencias propias mancillando el sagrado recito de las conciencias y profanando tu santo nombre.
- Nos duele que los pastores hayan entendido con alguna frecuencia el ministerio como dominio y no como servicio desinteresado, sin recordar que el más importante es el que más sirve, y así ha quedado el gesto de lavar los pies en una rúbrica opcional.
- Con la misma fuerza nos duele que los carismas que tú has querido enviar a tu Iglesia a través de la vida consagrada no hayan sido siempre cultivados y vividos. La pobreza, castidad y obediencia no siempre han dejado entrever con claridad tu Reino.
- Y nos duele igualmente que los laicos, llamados a ser signos de tu amor en cada rincón de la Diócesis, en algunas ocasiones hayan ocultado vergonzosamente su condición de cristianos.
- Sabemos en cuántas ocasiones ante los poderes de este mundo fuimos serviles, buscando alianzas con los poderosos y depositando en ellos nuestra confianza más que en Ti, Señor.
- Nuestros medios nos han deslumbrado. Hemos confiado en exceso en nuestros planes pastorales y organigramas sin reconocer que eres tú quien hacer germinar la semilla.
- Los hijos de la Iglesia hemos participado de la autosuficiencia del hombre contemporáneo. Cegados por los avances de la ciencia y de la técnica, no hemos percibido tu presencia discreta en la creación, que hemos maltratado, sometiéndola

despóticamente. Nos falta sensibilidad ecológica para respetar y amar la obra de tus manos.

- Con nuestras palabras y nuestras obras te hemos presentado más como Juez que como Padre y nos pesa porque para muchos a lo largo de los siglos has sido sólo sujeto de temor. Falseando tu imagen te hemos presentado como enemigo del hombre, de su libertad y de su vida. Con todo esto, Padre, tus hijos hemos velado tu rostro en lugar de revelarlo.

II

Nosotros y todas las generaciones cristianas de nuestra Iglesia que nos han precedido hemos tenido la dicha de ser, no sólo amados, sino reconocidos generosamente como hijos tuyos en la persona de tu único Hijo Jesucristo, nuestro hermano. De él hemos recibido, a la vez, el encargo de manifestar tu amor amando como él nos amó. Él se nos acercó cuando estuvimos malheridos al borde del camino para curarnos las heridas del corazón; él, contando con nuestras debilidades, nos eligió apóstoles como lo hizo con Leví, Pedro o Pablo; él se entregó para que tuviéramos vida en abundancia. ¡Cómo nos ha costado, Padre, ser reflejo de tu Hijo!

Queremos pedirte perdón a Ti, Dios Padre nuestro, y a nuestros hermanos los hombres y mujeres de esta tierra por las muchas ocasiones en que no hemos sido signos de tu amor y en las que nuestros hermanos se han sentido juzgados y condenados por nosotros.

(Un lector puede leer las siguientes peticiones. La Asamblea responde: "Señor, ten piedad").

- Intransigentes, hemos impuesto en etapas históricas nuestros propios criterios sin sabor a evangelio silenciando a los que discrepaban en legítima libertad. Hemos ahogado el clamor de los que buscaban la pluralidad en el seguimiento del Maestro, confundiendo la unidad con la uniformidad.

- El ecumenismo sigue siendo una sangrante asignatura pendiente; el Maestro nos quiso unidos y nosotros hemos favorecido las distancias, las reservas y los recelos ante los hermanos separados.

- Con excesiva precipitación hicimos el discernimiento entre el trigo y la cizaña olvidando que nosotros mismos nos deslumbramos fácilmente por las apariencias, cuando sólo Tú, Señor, sabes mirar el corazón humano.

- Las contradicciones y doble vida de tantos de nosotros -también clérigos- y la hipocresía de otros cristianos, supuestamente ejemplares, alejaron de la Iglesia a los que no pudieron distinguir entre el tesoro del evangelio y la mediocridad de sus seguidores.

- Dejamos demasiadas conciencias malheridas con escrúpulos y sentimientos de culpabilidad, cuando entrábamos en el santuario del corazón del hermano no para ofrecer una luz liberadora sino la intolerancia y la exclusividad de nuestra verdad.

- Con dolor decimos que hemos olvidado, tantas veces, que en el prójimo estaba tu presencia menesterosa e indigente y bien sabes Tú cuántas vueltas y rodeos hemos dado en el camino que baja de Jerusalén a Jericó.

- Sentimos dolor porque preferimos las manos limpias para un culto y una alabanza que tranquilizara nuestras conciencias antes que ensuciarnos con el servicio a los que la vida maltrató y abandonó en la cuneta de la existencia.

- ¡Cuántos gemidos de hermanos de otros pueblos no hemos escuchado! ¡Qué pocos esfuerzos hemos hecho para acercarnos y entender al pueblo gitano! ¡Cómo nos sigue costando acoger a determinados inmigrantes!

- Nos duele el haber colado con minuciosidad excesiva el mosquito del sexto mandamiento y con más facilidad nos tragamos el camello de la falta de amor a Dios, de

la lucha por la justicia, de la defensa de los más pobres y abandonados y del grito silencioso de los ojos de los hombres y las mujeres a los que esta sociedad injusta les ha negado el cobijo, el pan y la dignidad.

- La gratuidad nos suena a novedad cuando durante tantos años ha habido asientos reservados para los ricos y poderosos en las primeras filas de los templos, mientras que a los pobres les ofrecíamos exequias de tercera clase.

- Hemos negado el campo santo a los que murieron en soledad y desarraigo y a los que la vida y la enfermedad maltrató hasta la desesperación.

- Hemos ofrecido tan sólo soluciones jurídicas a muchos problemas humanos, ¡Qué poca creatividad para acoger y acompañar el fracaso del amor en muchos matrimonios!

Señor, no podemos dejar de reconocer que todo esto nos habla de que en demasiadas ocasiones hemos preferido dictaminar a preguntar, prohibir a acompañar, defendernos y acusar en lugar de acoger y comprender. El recelo se antepuso a la confianza y la imposición a la persuasión. No hemos dejado entrever la imagen de Buen Samaritano que tu Hijo reflejó. Y, como Pedro, nos vemos urgidos al llanto por tanto como te hemos fallado a Ti y a nuestros hermanos.

III

Nosotros y todas las generaciones cristianas de nuestra Iglesia que nos han precedido reconocemos agradecidos la gracia del Espíritu Santo, con el que has revestido a la Iglesia para realizar en este mundo la misión que Jesucristo nos encomendó de ser tus testigos. Con este Espíritu hemos recibido y recibimos fuerza de lo Alto; con él se nos asegura. Padre, tu presencia en nosotros y la compañía discreta y, a la vez, vital de Jesús como en Emaús. Él nos alienta para amar al mundo al que tú tanto amaste hasta darnos a tu Hijo; él nos abre los ojos para que sepamos discernir las semillas del Reino que tú has ido sembrando a lo largo de la historia. ¡Con qué facilidad, Padre, sin embargo, hemos demonizado la marcha de esta sociedad, o hemos sido abiertamente beligerantes en su contra, o nos hemos colocado fuera o frente a ella, olvidando que somos parte de ella! Esta Iglesia de....., que a lo largo de sus años de historia ha dado ejemplos abundantes de santidad, sin embargo, en demasiadas ocasiones, ha sido más hija de su tiempo que profeta del Evangelio.

(Un lector puede leer las siguientes peticiones. La Asamblea responde: "Espíritu Santo, haznos dóciles a tu voz").

- Vivimos el Concilio con esperanza, ilusión y ganas de hacer de la Iglesia la servidora que humilde y laborosa trabaja por el Reino, pero nuestras inercias y confrontaciones ha retrasado la puesta en práctica de tan hermosos deseos.

- Temimos la mayoría de edad de los laicos y clericalizarnos en exceso todo lo que se decía y hacía dentro de nuestras iglesias. Y negamos la voz y la palabra a quienes nos hablaban desde la otra parte de nuestros muros.

- Muchas veces el mundo del trabajo y las generaciones jóvenes no han encontrado en tu Iglesia la oportunidad de desarrollar lo que les es propio. El lugar y la importancia que ocupan en la Iglesia sigue siendo irrelevante todavía en el umbral del tercer milenio.

- Aunque nuestras Iglesias están llenas de mujeres, el papel peculiar de la mujer aún no ha sido reconocido en plenitud, y sistemáticamente relegamos su responsabilidad en nuestras comunidades.

- Llamamos "prudencia" a la falta de compromiso, y "realismo" a la desgana para afrontar problemas delicados e inaplazables. Y así hemos ido enterrando

sistemáticamente los talentos que Tú nos diste.

- Repitiendo caducas resignaciones ascéticas hemos querido hacer frente, sin éxito, a nuevos problemas y nuevas sensibilidades que nos pedían más creatividad y valentía evangélica.

- Miramos al cielo y aplazábamos para el más allá la solución de los problemas sangrantes y de las injusticias más vergonzosas. En muchas ocasiones hemos sido testigos mudos de los sufrimientos injustos y tragedias de nuestros hermanos.

- Como la Galilea de los gentiles, hoy esta tierra de está sedienta de palabra y de sentido; sentimos que está hastiada por la riqueza del turismo y de la industria y están vacíos los corazones de muchas de sus gentes, porque nosotros seguimos teniendo miedo a levantar la voz en las plazas públicas y nos resistimos a ser humilde levadura fermentadora de una nueva humanidad.

- Nuestras divisiones internas, nuestras etiquetas y descalificaciones no han sido ejemplo ni espejo de un pueblo de Dios que quiere caminar unido hacia la casa del Padre haciendo de este mundo un lugar más humano.

- La lentitud de nuestra conversión a Ti, Dios vivo, ha enfriado la ajena y nos sentimos culpables en no poca medida de la indiferencia religiosa en la que viven tantas personas.

- No hemos sabido encontrar palabras en esta sociedad plural para anunciar un mensaje que es como un tesoro escondido y el mundo de la cultura nos ha dado en gran parte la espalda transmitiendo valores alejados de lo religioso y de la transcendencia.

- Mantuvimos la sospecha ante algunos de los logros de las ciencias y las artes y recelamos del fruto y del trabajo de almas mentes lúcidas.

- No supimos ejercitar la misión reconciliadora de los discípulos de tu Hijo para curar las heridas de la guerra fratricida que marcó varias generaciones.

- En determinadas épocas, nuestra influencia en las legislaciones civiles y nuestras ingerencias en los poderes públicos imponiendo nuestras convicciones ha hecho dudar a quienes buscaban en la Iglesia un hogar respetuoso para la diferencia.

Padre, por no dejarnos conducir en todo momento por tu Espíritu nos falta todavía el coraje de la sencillez y la humildad para vivir y manifestar nuestra fe sin la altanería de quien se cree poseedor exclusivo de la verdad y sin el complejo de quien se esconde avergonzado en la sociedad secularizada en la que vivimos. Sentimos y lamentamos no haber ofrecido siempre a nuestros contemporáneos alternativas capaces de superar las contradicciones y conflictos de cada momento. Padre, perdón por no haber sabido estar siempre atentos a las mociones de tu Espíritu.

IV

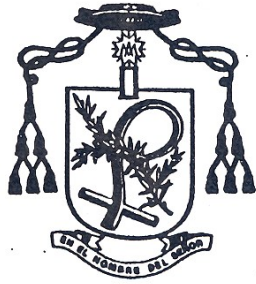
Padre, sabemos de tu total perdón. Confiamos en tu perdón y lo pedimos con esta sincera confesión. Herederos y corresponsables de una historia que en tantas cosas nos desagrada nos hacemos solidarios con nuestro pasado. Quisiéramos que nuestros contemporáneos, algunos tan lejos de nosotros por nuestros pecados históricos y presentes, compartieran con nosotros el perdón que nos capacitara para crear la nueva sociedad que todos pretendemos. Ayúdanos a caminar decididamente en el seguimiento del Evangelio. Nos proponemos enmendar nuestros caminos a sabiendas de nuestra debilidad y del riesgo de volver a caer.

Consciente de mi responsabilidad personal te pido perdón, Señor, también por mis propios pecados. Acógeme tú, que eres misericordioso y perdóname, porque soy débil.

En consecuencia, ruego a todos los creyentes que han alcanzado la plenitud de la vida –

especialmente a María, la Madre de Jesús- y a vosotros, hermanos míos, que pidáis por mí al Padre por medio de Jesucristo nuestro Señor.

Amén



Obispado de Orihuela-Alicante